

blo por los pobres Cartuxos. Quiero creer que ha-  
ya tomado el hábito con la mas buena fé, y con  
la mas pura intencion del mundo, pero el mane-  
jo del dinero y la vista del oro puede despertar  
la codicia. A ningun borracho que renunció el  
vino se le debe fiar el gobierno de la bodega.

Justificóse pocos dias despues la desconfianza  
del Gobernador. Desaparecieron de repente el Pro-  
curador, el Portero y la caja del Convento: no-  
ticia que esparcida por la ciudad dió mucho que  
reir, y que glosar á los ociosos, á los pisaverdes,  
y á los que hacen profesion de bufones y gra-  
ciosos, los quales siempre celebran con chocar-  
rerías las desgracias de los Religiosos que tienen  
fama de ricos. Por lo que toca al Gobernador y  
á mí, nos contentamos con compadecernos de  
los Cartuxos, sin dar á entender, y mucho  
menos sin hacer alarde de que conociamos á los  
dos apóstoles fugitivos.

## CAPITULO VII.

*Restituyese Gil Blas á Liria; dále  
Scipion una noticia de mucho gusto,  
y reforma su familia.*

Ocho dias me detuve en Valencia gozando del  
gran mundo, y viviendo como los Condes y los  
Marqueses. Espectáculos, bayles, conciertos,  
festines y conversaciones con damas y caballe-  
ros:

ros: proporcionándome todas estas diversiones,  
tanto el señor Gobernador como la señora Go-  
bernadora, los quales me vieron restituirme á  
mi casa de Liria con poco gusto de ambos. An-  
tes de partir me obligaron á darles palabra de  
que repartiria todo el tiempo entre ellos y  
mi soledad, dando á la Ciudad el invierno y el  
verano al campo. Baxo este pacto me dexaron  
libertad mis bienhechores para que me fuese á  
gozar de sus mismos beneficios.

Scipion que deseaba con ansia mi pronta  
vuelta, se alegró infinito quando me volvió á  
ver, doblándose su gozo con la relacion que le  
hice de mi viage. ¿Y tú, amigo mio, le pregun-  
té, en qué te has divertido los dias de mi ausen-  
cia? ¿Has estado alegre? Todo aquello, me res-  
pondió, que lo puede estar un criado fiel á  
quien nada le divierte tanto como la presencia y  
vista de su amo. Daba largos paseos por estos  
nuestros pequeños pero deliciosos estados: unas  
veces me sentaba junto al borde de la fuente que  
está en el bosque, contemplando con gusto par-  
ticular la claridad de su agua tan pura y tan  
cristalina como la de aquella sagrada fuente,  
cuyo apacible rumor se dexa oir y resuena por  
todo el espacioso bosque de Albunea. Otras re-  
costado al pie de un arbol, y á la sombra de  
su verde y pomposa copa estaba embelesado  
oyendo los trinos del ruiseñor, y los amorosos  
gorgeos del gilguero. En fin un día me divertia  
en la caza y otro en la pesca; pero ninguna co-



sa me hacia pasar con mayor gusto las horas y los dias como la lectura de muchos libros tan divertidos como provechosos.

Interrumpí con precipitacion á mi secretario, preguntándole donde habia encontrado aquellos libros. Hallélos, me respondió, en una escogida librería que hay en casa, y me la enseñó el cocinero Joaquin. ¿Pero en qué parte está esa librería? le volví á preguntar. ¿No registramos toda la casa el dia que llegamos? No, señor, me respondió; asi le pareció á Vmd., pero no se acuerda que solamente visitamos tres pavellones y nos olvidamos del quarto? En él es donde Don Cesar pasaba gran parte del dia empleándolo en la lectura. Hay en esta librería bellísimos libros, los que dexaron á Vmd. los señores de Leiva como el recurso mas seguro contra la melancolía, y para divertir el tiempo quando despojados los jardines de flores y los árboles de sus verdes hojas, no se sabe en qué ocupar las horas ni distraer el pensamiento de cuidados que nos molestan. Los señores de Leiva no saben hacer las cosas á medias. Atentos á todo no fueron menos generosos en dexar noble pasto al entendimiento, que en proporcionar á la parte animal las mayores conveniencias.

Esta noticia me causó una verdadera alegría. Híceme conducir al quarto pavellon, el qual ofreció á mi vista un espectáculo muy agradable. Halléme en una cámara, que desde luego escogí para mi habitacion, como Don Cesar la

habia escogido para sí. Estaba todavía en ella el mismo lecho de aquel señor con todos los demas muebles que le acompañaban, es á saber, una tapicería con figuras que representaban el robo de las Sabinas. De aquella cámara pasé á un gabinete cercado de cierta especie de armarios ó estantes muy pulidos, pero poco elevados del suelo, llenos todos de libros, y coronada su cornisa con los retratos de todos nuestros Reyes. Daba luz al gabinete una gran ventana, desde la qual se descubria una espaciosa y amenísima campiña. En medio del gabinete habia una bellísima mesa de escribir, cubierta con una carpeta verde. Lo que principalmente se llevó mi atencion fué la librería. Componíase de Filósofos, Poetas, Historiadores, y gran número de comedias y novelas. Conocí que le llevaba hácia estas la principal inclinacion de Don Cesar, en vista de la gran provision que habia hecho de aquel género. Confieso, no sin rubor, que yo no soy menos apasionado que Don Cesar á las obras de esta última especie, á pesar de las extravagancias de que están atestadas las mas, ya sea porque mi talento no alcanza á mas que á mirar lo que leo en grueso y por la superficie, ya sea porque los Españoles somos muy indulgentes con todo lo que tiene ayre de maravilloso. Con todo eso diré, para alguna justificacion mia, que mas me gustan los libros de sólida moral, pero enseñada con inventiva y con gracia, que los de Luciano, Horacio, Eras-



mo, y otros autores de este jaez, sin embargo de ser mis favoritos.

Amigo, dixé á Scipion mientras estaba repasando los libros con los ojos: aqui si que tenemos con que divertirnos; mas por ahora no pienso en otra cosa que en reformar la familia. Ya le he ahorrado yo á Vmd., me respondió, la mitad de ese trabajo. Durante su ausencia tuve ocasion de estudiarlos á todos, y los tengo bien calados. Al cocinero Joaquin le juzgo un perfecto y redondeado bribon, ni tengo la menor duda en que le habrán despedido de casa del Arzobispo por algunos voluntarios errores de aritmética en las cuentas del gasto de cocina. Con todo eso me parece necesario conservarle, por dos razones; la primera porque es buen cocinero, y la segunda porque yo le tendré siempre sobre ojo, espiaré todas sus acciones, y en verdad que ha de ser muy diestro para pegármela. Ya le he dicho que Vmd. estaba en animo de despedir las tres partes de la familia, noticia que le turbó y le inquietó mucho, tanto que llegó á decirme que teniendo, como tenia, tanta inclinacion á servir á Vmd. se contentaria con la mitad del salario y demas gages que goza al presente, solo por no salir de casa; generosidad y amor poco acostumbrado en esta casta de gentes, y por lo mismo me ha dado sospechas que tiene algun trapillo en la Aldea que le tira y le embelesa de manera que siente mucho alejarse de él. Por lo que toca á su ayudante de

co-

cocina este es un solemnísimo borracho, y el portero un hombre bestial, que para nada nos es necesario, como tampoco el cazador. El oficio de éste le podré yo exercer muy bien, como se lo haré ver á Vmd. mañana, ya que tenemos en casa escopetas, pólvora y municion. Entre los lacayos solo hay uno que me parece buen mozo, y es el Aragonés. Quedarémos con este, y despedirémos á los demas, pues á ninguno de ellos tendria yo en casa aun quando tuviéramos necesidad de cien criados.

Despues de haber deliberado largamente sobre todos estos puntos, resolvimos quedarnos con el cocinero, con el marmiton ó mozo de cocina y el Aragonés, despidiendo honradamente y con buen modo á todos los demas. Asi se executó en aquel mismo dia, regalándoles Scipion á nombre mio, ademas de su salario, con algunos pesos duros que el secretario sacó de la caja. Hecha esta reforma emprendimos establecer cierto sistema en casa, arreglando las funciones y ministerios que correspondian á cada criado, y comenzando desde entonces á vivir y mantenernos á nuestra costa. Bien quisiera yo que nuestra mesa sin tocar en mezquina ni indecente fuese parca, frugal y modesta; pero mi secretario que estaba ya acostumbrado á comer buenos bocados, y á platos delicados y exquisitos, no era hombre que quisiese tener ociosa la habilidad del cocinero. Asi, pues, tenia cuidado de que á menudo la exercitase, de manera que, por lo



lo comun, si no comiamos como unos Duques,  
á lo menos comiamos como unos Bernardos.

## CAPITULO VIII.

*Amores de Gil Blas y de la bella  
Antonia.*

Dos días despues que volví de Valencia á Li-  
ria, al tiempo que me estaba vistiendo, entró en  
mi quarto el labrador que tenia arrendada mi  
hacienda, y me pidió licencia para presentar-  
me á su hija Antonia, que decia él deseaba mu-  
cho besar la mano y conocer á su nuevo amo  
y señor. Habiéndole respondido que en eso me  
daria mucho gusto, se salió y volvió inmedia-  
tamente á entrar, conduciendo consigo á la her-  
mosa Antonia. Paréceme que debo dar este epi-  
teto á una niña de diez y seis á diez y ocho  
años, que ademas de unas facciones muy pro-  
porcionadas tenia un cútis y un color lindísi-  
mo y delicado, y los ojos mas bellos y cente-  
lleantes del mundo. Estaba vestida de humilde  
sarga; pero su garboso y delicado talle, su ay-  
re magestuoso, y todas aquellas gracias que  
acompañan á la mas florida juventud, daban  
un realce muy particular á lo modesto de su  
trage. No traia cofia alguna en la cabeza, so-  
lamente tenia los cabellos trenzados en figura  
de rodete, cubierto de varias flores, á manera  
de



*Amores de Gil Blas y de la bella Antonia.*

Vicente Lopez Cagnat sculp.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



de las antiguas mugeres de Lacedemonia.

Quando la ví entrar en mi quarto quedé tan sorprendido de su hermosura como los Paladines de Carlo Magno á la primera vista de la divina Angélica. En vez de recibirla con festivo desembarazo, y decirla quatro cariñosas y lisonjeras ternuras, en vez de congratular á su padre por la fortuna de tener tan preciosa y tan agraciada hija, me hallé cortado y poco menos que mudo, sin acertar á pronunciar ni una sola palabra. Scipion, que conoció mi turbacion, tomó la voz por mí é hizo el gasto de los elogios que yo habia de haber dado á tan amable persona. Por lo que toca á la doncellita, sin mostrar la menor estrañeza por verme en bata y con gorro de dormir, me saludó con modestísimo despejo, haciéndome un cumplimiento que me acabó de encantar, no obstante haber sido de los mas comunes. Durante este tiempo, mientras Scipion, Basilio y Antonia se estaban haciendo tambien reciprocos cumplimientos, yo volví en mí de aquella especie de enagenacion, y como si quisiera compensar el estúpido silencio que habia guardado en toda ella, pasé de un extremo á otro, derramándome tanto y con tanta vivacidad en discursos amorosos y galantes que Basilio entró en cuidado; y considerándome ya como un hombre que iba á poner en execucion todo quanto la passion podia sugerir para engañar á la bella Antonia, procuró sacarla quanto antes de mi quarto, re-

suel-



suelto quizá á disponer las cosas de manera que jamás la volviesen á ver mis ojos.

Así que Scipion se vió á solas conmigo, me dixo sonriéndose: ya tiene Vmd. otro recurso contra el tedio de la soledad. No sabia yo que el arrendatario tuviese una hija tan linda, porque nunca la ví aunque estuve dos veces en su casa. Sin duda que debe poner gran cuidado en tenerla bien guardada, y en esto le disculpo, porque en realidad es un bocado muy apetitoso. Esto no era necesario decírselo á Vmd. porque veo que ya está hambriento de él. No te lo niego, respondí. ¡Ah! mi querido Scipion, que me parece haber visto en aquella criatura una sustancia de los cielos. Dexome abrasado en amor. Es mas tardo el rayo en herir que el dardo que atravesó mi corazon.

Gran gusto me dá Vmd., replicó mi secretario, en confersarme que está enamorado. Para ser enteramente feliz en la soledad de los campos no le faltaba mas. Ahora sí que tiene Vmd. todo lo que ha menester. Sé que nos costará un poco de trabajo engañar la vigilancia de Basilio; pero este será negocio mio, y espero hacer que antes de tres dias logre Vmd. una secreta conferencia con Antonia. Señor Scipion, le respondí, quizá no podria Vmd. cumplir esa palabra; pero esto es puntualmente de lo que no quiero hacer experiencia, porque no tengo la curiosidad de exponerme á semejante prueba. Estoy muy lejos de querer tentar la virtud de la

inocente doncella, y son muy diferentes los pensamientos que me merece su honor. Y así lejos de pedir me asistas y ayudes á deshonrarla, solo deseo que emplees tu zelo en facilitar que me case con ella, con tal que su corazon no esté ya prevenido á favor de otro. No esperaba yo ciertamente, me respondió, que Vmd. tomase tan de golpe semejante resolucion. En verdad que no todos los señores de esta Aldea, si se hallasen en el mismo caso de Vmd., procederian con tanta honradez y christiandad, antes bien solo pensarian en Antonia por medios tan nobles y legítimos, quando la experiencia les hubiera enseñado que no la podian conseguir por otros mas viles y bastardos. Por lo demas, añadió, no crea Vmd. que desapruebo su amor, ni que digo esto por disuadirle de su intento. Por el contrario confieso que la hija de Basilio es muy benemérita del honor que Vmd. la quiera hacer, con tal que pueda presentar las primicias de un corazon intacto y agradecido. Esto es lo que hoy mismo espero saber mediante la conversacion que pienso tener con su padre, y acaso tambien con ella misma.

Mi confidente era un hombre muy exácto en cumplir lo que prometia. Pasó á verse secretamente con Basilio, y aquella misma noche vino á mi gabinete, donde yo le estaba esperando con impaciencia y temor. Observé que volvía muy alegre, y desde luego pronostiqué que me traía buenas nuevas. Si he de creer á tu risueña ca-



ra, le dixé, vienes á anunciarme que prestó me veré en el colmo de mis felicidades. Así es, me respondió, amado señor y dueño mio. Hablé á Basilio y á su hija, declarándoles el ánimo de Vmd. El padre salía fuera de sí con el gozo quando entendió que Vmd. deseaba ser su yerno, y de la hija puedo asegurar que la persona de Vmd. la ha gustado mucho. ¡Oh cielo! le interrumpí. ¡Con que he tenido la dicha de parecer bien á tan amable y adorable criatura! No lo dude Vmd., me respondió, y esto no lo digo porque yo lo hubiese oído de su boca, sino porque así me lo hizo conocer la grande alegría que mostró sin poderla disimular quando oyó qual era vuestro intento. Pero en medio de todo esto no puedo ni debo callar que tiene Vmd. un gran competidor. ¡Un gran competidor! exclamé yo, ya enteramente turbado. Sí señor, me respondió, un gran competidor, pero tal que no hay peligro de que le robe á Vmd. el corazón de su dama. El tal es Joaquin, el cocinero. ¡Ah bribon! dixé entonces soltando una gran carcajada. Hé aquí la verdadera razon porque le dolia tanto el dexar mi servicio. Precisamente por eso, añadió Scipion. Con efecto los dias pasados la pidió á su padre, y éste con mucha cortesía, y con no menor agradecimiento absolutamente se la negó. Salvo tu parecer, repliqué yo, soy de sentir que nos deshagamos de este picaro antes que llegue á entender que quiero casarme con la hija de Basilio; un cocinero, como no ignoras,

es

es un rival muy peligroso. Tiene Vmd. razon, me respondió: conviene por precaucion purgar nuestra familia; mañana muy temprano le despediré antes que comience á disponer la comida, para que nada tenga Vmd. que temer de sus guisados ni de sus cocidos, de sus salsas ni de su amor. Es verdad (continuó Scipion) que no dexa de dolerme el perder tan sazonado cocinero; pero qué importa? debo sacrificar mi golosina á la seguridad de Vmd. No hay que sentir tanto su pérdida porque no es irreparable, repuse yo; presto haré venir de Valencia un cocinero que valga tanto como él. En efecto escribí inmediatamente á Don Alfonso que tenia necesidad de un cocinero, y al dia siguiente me envió uno, con el qual quedó muy consolado Scipion.

Aunque me habia asegurado el zeloso secretario que segun lo que él habia conocido, Antonia allá en su interior se habia alegrado mucho de la conquista que habia hecho, no me fié del todo de su relacion temiendo que le pudiesen haber engañado falsas apariencias. Para mayor seguridad determiné certificarme por mí mismo y hablarla derechamente á ella. Fuíme, pues, á casa de Basilio, y confirméle quanto le habia dicho mi embaxador. El buen labrador, hombre sencillo y franco, despues de haberme oído, me dixo que desde luego me concedia á su hija con sumo gusto y con indecible satisfaccion; pero no piense V. S. (añadió) que se la doy porque es Señor de este Lugar. Aunque

que



que no fuera mas que mayordomo de los señores Don Cesar y Don Alfonso, siempre le preferiria á todos los amantes y pretendientes de Antonia, porque siempre he sentido en mí una grande inclinación á su persona: lo único que me disgusta es que mi pobre hija no tenga una gruesa dote que ofrecerle. Ninguna dote pretendiendo, le respondí, su persona es lo único que deseo y todo el bien á que aspiro. Humildísimo servidor de V. S., me replicó él con estraña viveza, eso es lo que á mí no me tiene cuenta; no soy algun capa rota, ni algun piojoso que quiera casar así á mi hija. Basilio de Bontrigo, por la misericordia de Dios, tiene con que dotarla, segun su humilde, pero limpia calidad. Si Vmd. la dá de comer, quiero que ella le lleve algo para cenar. En una palabra: las rentas de mi Lugar no exceden de quinientos ducados, yo haré que lleguen á mil en gracia de este matrimonio.

Pasaré por todo lo que quisieres, amigo Basilio, le respondí; y está seguro de que por materia de interes nunca reñiremos. Así que tú y yo estamos ya de acuerdo, ahora solo falta el consentimiento de tu hija. ¿Qué llama (me dixo) el consentimiento de mi hija? Vmd. tiene ya el mio, y éste le basta. No basta tal, le repliqué; tan necesario por lo menos es el suyo como el vuestro. El suyo depende del mio, repuso él, y me alegraría ver como la rapaza se atreveria á chistar contra lo que yo quiero. Antonia, le dixé, sin duda estará pronta á obedecer

cer á su padre ciegamente, mas no sé si en esta ocasion lo haria con repugnancia, y por poca que tuviese viviria yo siempre inconsolable, considerándome causa de su desgracia: en fin no me basta que me dé su mano, si gime su corazon. ¡Qué diantre! exclamó Basilio. Yo no entiendo palabra de esos tiquis miquis, ni de esas filosofías. Hable Vmd. con Antonia, y verá si no me engaño mucho, que hoy ninguna cosa desea tanto en este mundo como verse quanto antes su muger. Diciendo esto llamó á su hija y se retiró dexándome un momento á solas con ella.

Para no malograr tan preciosos instantes fuí desde luego en derechura al asunto. Bellísima Antonia, la dixé, decide de mi suerte infeliz ó afortunada. Aunque tengo ya el consentimiento de tu padre, no creas que yo me valga de él para violentar tu gusto. Confieso que tu posesion seria toda mi dicha, pero desde luego renuncio á ella si solamente la he de deber á tu filial obediencia. Eso es, señor, respondió ella con cierto rubor, lo que nunca os diré, ni os podré decir. Vuestra eleccion es para mí tan grata que jamas podrá causarme pena, y en vez de sentir el consentimiento de mi padre lo celebro sinceramente. No sé (prosiguió) si hago bien ó mal en hablaros de esta manera; solo sé que sino me hubierais agradado, tendria resolucion para deciroslo francamente? pues qué razon habrá para que no pueda deciros libremente lo contrario?

Al oír estas palabras, que no pude escuchar sin quedar encantado, hiqué una rodilla en



en tierra, y tomándola una mano se la besé con respeto y con amor. Adorada Antonia, la dixé, me hechiza tu franqueza: prosigue hablándome siempre con la misma; estás hablando con tu esposo, y así pon de par en par á sus ojos toda el alma. ¿Con que puedo lisonjearme de que unirás con gusto á la mia tu fortuna?... En este punto entró Basilio, y no pude proseguir. Impaciente de saber lo que su hija me habia respondido, y muy dispuesto á reñirla si hubiese manifestado la mas mínima aversion á mi persona, volvió prontamente á buscarme. ¿Y bien, me dixo, está Vmd. contento de Antonia? Estoílo tanto, le respondí, que desde este mismo punto voy á ordenar se hagan prontamente todas las prevenciones necesarias para celebrar quanto antes nuestro matrimonio. Diciendo esto dexé al padre y á la hija para ir á discurrir sobre el asunto con mi fiel secretario.



CA-

## CAPITULO IX.

*Boda de Gil Blas y la bella Antonia; aparato con que se hizo; personas que asistieron á ella, y fiestas con que se celebró.*

Aunque á la verdad no necesitaba yo la licencia de los señores de Leiva para casarme, todavía juzgamos Scipion y yo que no podía menos, sin faltar á la gratitud, y á la buena crianza, de comunicarles mi intento, y pedirles su permiso para ponerle en execucion.

Partí, pues, á Valencia, donde todos quedaron sorprendidos quando me vieron, y mucho mas quando supieron el motivo de un viage tan inesperado. Don Cesar y Don Alfonso, que conocian á Antonia por haberla visto mas de una vez, me dieron mil enhorabuenas, y celebraron mi buen gusto en tan acertada eleccion. Sobre todo Don Alfonso me hizo un cumplimiento tan expresivo, que á no estar yo tan persuadido á que aquel señor muchos años ha habia dexado del todo sus juveniles devaneos, quizá sospecharia que mas de una vez habia ido á Liria menos por ver su hacienda, que por ver á la hija de su arrendador. Serafina por su parte, despues de haberme asegurado de quanto se interesaba en